

ha vuelto á cerrarse el féretro, cuya llave ha entregado en seguida el intendente de palacio al secretario, para que sea depositada en el tesoro de la corona.”

Al pié de este documento figuran las firmas de los ministros y principales dignatarios de la corte imperial.

Una carta de Viena, fecha 23 de Enero, dice que, contra lo que se esperaba allí, se habia resuelto por fin abrir el ataud que contiene los restos del emperador Maximiliano con objeto de verificar una vez mas la identidad del cadáver. Nombróse al efecto la comision que ha de formar las diligencias en que se aclare de una manera cierta el fallecimiento del emperador. El príncipe Hohenloe, el mariscal de la casa imperial, el presidente del consejo de ministros, el príncipe de Auersperg, ministro conde Festetics, el vicealmirante Von Tegethoff, el antiguo médico del emperador Maximiliano, el padre guardián del convento de Capuchinos y otras personas presenciaron la ceremonia. Cuando el ataud fué abierto, todos pudieron identificar la persona del desgraciado monarca, de lo cual se levantó un acta que fué firmada por todos y publicada en la *Gaceta Oficial* al siguiente dia, con objeto de acallar los diversos rumores que circulaban en Viena. Al desprenderse la cubierta de estaño se sintió un olor penetrante, debido á las gomas y demas ingredientes usados para el embalsamiento. El rostro habia tomado un color oscuro y la piel tenia mucho brillo, debido seguramente á la especie de barniz que se le habia aplicado para preservarla. La boca estaba lijeramente entreabierta. Los ojos habian sido reemplazados por otros de cristal, de color diferente á los del difunto: fueron tomados de la imágen de una Virgen, probablemente por no haber otros á la mano. La frente habia perdido mucho del cabello que la adornaba y en ambos lados de la cabeza: en las sienes se veian pequeños parches de terciopelo negro, cubriendo los puntos por donde entraron las balas. La barba, que el emperador llevaba siempre larga, se hallaba en perfecto estado de conservacion: habia sido peinada hácia abajo, contra la costumbre del finado, que siempre la llevaba dividida, formando una punta á cada lado. El cuerpo estaba cubierto con una chaqueta negra con vueltas y adornos de terciopelo: pantalones de paño gris oscuro, guantes negros y botas de charol. Una vez terminados los penosos deberes impuestos á la comision, se volvió á poner la cubierta de estaño al ataud, se cerró éste y se entregó una de las llaves al gran mariscal de la casa imperial.

Algunos periódicos publican los pormenores siguientes acerca de la fortuna privada del difunto archiduque:

Es notorio, dice un diario, que el archiduque habia nombrado á la emperatriz Carlota su heredera universal, y que en consecuencia, los dos castillos de Miramar y de Lacroma habian llegado á ser propiedad de la emperatriz. La enfermedad mental de ésta ha hecho necesario el nombramiento de un curador. De acuerdo con la corte imperial, el rey de los belgas fué el elegido, y por consiguiente á éste debia tocar, despues de muerto Maximiliano, el cargo de albacea. El poco orden que existia en la fortuna privada del difunto emperador, decidió al rey de los belgas á encomendar la herencia al

archiduque Francisco Carlos, que al mismo tiempo se hizo responsable de todos los cargos. El archiduque Francisco ha hecho donacion, por acto formal, de Lacroma y de Miramar al emperador Francisco José, reservándose la propiedad de todos los bienes que puedan venir de México, como numerario, joyas, etc. Con estos fondos, el archiduque Francisco pagará todos los legados y pensiones instituidos en el testamento, como tambien á todos los acreedores del difunto, que, segun la ley, tienen derecho de primera hipoteca sobre la herencia. La emperatriz Carlota ha renunciado la renta anual de 40,000 florines que le tocaban como archiduquesa de Austria. El emperador ha señalado 25,000 florines anuales para la conservacion de ambos castillos.

“Cerca de Schœmb um habia comprado Maximiliano, en otro tiempo, un terreno baldío, que por sus ciudades se habia transformado en parque inglés. Cuando partió de Austria para México, no advirtió que el parque habia tomado las proporciones de un pueblo: este pequeño lugar se llama Maxing. Hace algunos dias, el 19 de Junio, aniversario de su muerte, se ha debido inaugurar allí una estatua de Maximiliano. Los fondos han sido suministrados por el comité de asistencia para los voluntarios mexicanos que regresen á Austria.”

Cartas del Archiduque.

México, Octubre de 1868.

AL PRESIDENTE DE LOS E.-UNIDOS.—Mi grande y buen amigo:

“Remito á V. E. ejemplares de una proclama, que he dirigido con esta fecha á la nacion mexicana, y de las leyes que forman el complemento de ella. El objeto de una y otras es evitar nuevos derramamientos de sangre y poner término á la guerra que amenaza acabar con el país, llenando de profundo duelo mi corazon. En consecuencia, no he vacilado en apejar al buen sentido del pueblo mexicano, invitándole á elegir libremente y sin obstáculo alguno un congreso nacional basado en el principio del sufragio universal, para que resuelva lo conveniente sobre la futura forma de gobierno. Si este cuerpo adopta cualquiera otra que no sea la monarquía, estoy pronto á entregar el poder al mismo congreso, abandonando un puesto que solo acepté porque se me hizo entender que esta era la voluntad de la mayoría del pueblo mexicano; posicion que no tiene ciertamente otro atractivo que la esperanza de poder realizar el bienestar y la ventura de México. He invitado, como lo verá V. E. por el contenido de esos documentos, á varios gefes del ejército republicano, á suspender las hostilidades hasta que se reunan los diputados y decidan la principal cuestion; y el objeto de esta carta es pedir á V. E. su intervencion é influencia para obtener la adhesion de dichos gefes, porque esto hará que México pueda resolver la dicha cuestion, y elegir los gobernantes que le convengan. Nadie se someterá á esta decision con mas gusto ni con mas sincera gratitud que yo. No puedo creer que vacile V. E. ni un momento en prestar su apoyo á esta manera de terminar la desgraciada lucha que ha dividido á México en los años pasados, dándole esta última oportunidad de organizar un gobierno estable que pueda satisfacer sus necesidades y deseos, y conducirlo á la prosperidad y á la gloria.—*Maximiliano.*”

“Mi querida Carlota: Si Dios permite que tú cures un día, y leas estas líneas, sabrás cuán cruel ha sido la suerte que me ha perseguido desde tu salida para Europa. Te llevaste mi fortuna y mi alma. ¡Ojalá hubiera escuchado tus palabras! Tantos acontecimientos, tantas desgracias inesperadas han acabado de tal modo con mis esperanzas, que la muerte para mí es una redención gloriosa y no una agonía. Moriré gloriosamente como un soldado como un rey vencido, pero no deshonrado. Si Dios te llama para que te reunas conmigo, yo bendeciré su mano divina, que tan pesadamente ha caído sobre nosotros. Adios... adios.—Tu desgraciado MAXIMILIANO”

“Mi querido capitán Pierron:

“En mi hora postrera, recuerdo todavía la amistad cordial y los buenos servicios que me habeis prestado con tanta lealtad. Aprovecho estos últimos instantes para enviaros mi último adiós: quiero manifestaros mi gratitud una vez más, por la franqueza, la adhesión y la abnegación que en todas ocasiones me habeis manifestado.

“Mi corazón necesita este desahogo.

“Espero que os acordeis de mí después de mi muerte, y ruego á Dios que vivais dichoso y tranquilo. No olvidéis al que ha sido hasta su último suspiro vuestro afectísimo

MAXIMILIANO”

Querétaro, 15 de Junio de 1867.

“Esta carta, dice *l'Etendard*, manifiesta bajo su verdadero aspecto el alma del príncipe que ha tenido un fin tan desastroso.

“Debemos esta comunicación, agrega aquel periódico, á la bondad del Sr. D. Alejandro Delouche, agregado que fué al gabinete de Maximiliano, y que no se separó de él sino en el momento en que el capitán Pierron salió de México para Francia.—El Sr. D. Eduardo Pierron fué secretario del archiduque, y capitán del tercer regimiento francés de Zuavos, residente hoy en Constantina.

“Querétaro, 16 de Junio de 1867.—Mi querido conde Bombelles.—Mi corazón me impulsa á espesar á vd. á toda prisa, por última vez y en pocas palabras, toda mi ferviente gratitud por la fiel y sincera amistad y el cariñoso afecto, que siempre me ha profesado en toda mi borrascosa vida. Al mismo tiempo suplico á vd. salude de todo corazón á todos mis queridos amigos, á quien nadie mejor que vd. conoce, y les diga á mi nombre, que siempre he obrado fiel á mi honor y á lo que me decían mi deber y conciencia, y que únicamente la traición me ha entregado á mis enemigos después de una defensa larga y penosísima. Mi valiente ejército me ha secundado con lealtad, defendiendo bajo mis órdenes una ciudad abierta, sin provisiones y sin municiones durante 72 días contra un enemigo siete veces más fuerte; me faltan palabras para realzar el heroico valor de mis generales, oficiales y soldados.

“Dándole á vd., mi querido amigo, el último abrazo, quedo suyo afectísimo,

MAXIMILIANO.”

Memorias del Archiduque.

“Nuestros lectores saben que el príncipe Maximiliano ha dejado cuatro tomos de recuerdos que acaban de traducirse al francés. Aunque se refieran

á la juventud del archiducado, contienen páginas llenas de sentimiento y de poesía, de una lectura agradable é interesante. En la descripción que hace Maximiliano de una Virgen española venerada en uno de los santuarios de la Península, se lee el siguiente párrafo:

“Entre las ofrendas enviadas del extranjero se encuentra una gruesa perla regalada por María Antonieta. Todo lo que procede de esta mujer me interesa y conmueve, hasta esa perla que parece una lágrima de presentimiento y que en días venturosos puso en el manto protector de la Madre eterna. ¿Ha existido mujer más desgraciada que la graciosa hija de María Teresa? ¡Y llaman aún caballeresco al pueblo que tronchó esta flor! ¡Qué contradicción!”

¡Pobre príncipe! No sospechaba sin duda, al compadecer á María Antonieta, que también él sería objeto de lástima en la historia, y legaría á las generaciones una leyenda no menos dramática y sangrienta que la de la noble y desgraciada hija de María Teresa.

La siguiente poesía fué compuesta por Maximiliano antes de venir á México, y forma parte de sus recuerdos:

—“¿Es, pues, necesario, separarse para siempre de mi querida patria, del hermoso país de mis primeras alegrías?

—“¿Quereis que abandone mi cuna dorada,—y que rompa el lazo sagrado que me une á ella!

—“La tierra donde he vivido en los años riueños de mi infancia,—donde he sentido las emociones del primer amor,—me será necesario abandonarla por fines inciertos,—de ambición que escitais en mi corazón?

“Quereis seducirme por el insentivo de una corona,—quereis deslumbrarme por locas quimeras:—debo prestar el oído á los dulces cantos de las sirenas.”—“Desgracia al que se fia de sus halagadoras promesas!

“Me hablais de cetro, de palacio, de poder,—abris delante de mí una carrera sin límites:—es necesario que os siga hasta lejanas costas,—mas allá del vasto Océano?

“Quereis vestir de oro y de diamantes—la trama de mi vida;—pero podeis darme también la paz del alma?—y la riqueza á vuestros ojos es, pues, la felicidad?

“¡Oh! dejadme seguir en paz mi tranquilo camino—el sendero oscuro é ignorado entre los mirtos!—Creedme, el trabajo de la ciencia y el culto de las musas—son más dulces que el brillo del oro y de la diadema.”

Algunos detalles más sobre lo de Querétaro.

“El Sr. Magnus ha referido el hecho que se va á leer. De cuantos se refieren á los últimos momentos del archiduque, es incontestablemente el más horrible, y lo creemos sin precedente en la historia.

“El Sr. Magnus se hallaba en San Luis Potosí, al lado de Juárez, á quien en vano trataba de conmover, y á quien las señoras de Querétaro dirigian inútilmente todos los días telegramas para pedirle la gracia del prisionero. Supo el Sr. Magnus una mañana, que acababa de salir un correo con la orden para la ejecución, y aunque enfermo, se puso en camino para Querétaro.

La primera visita fué al “Tigre de las orejas largas,” al antiguo muletero

convertido en general," á Escobedo, que mandaba la plaza á la cabeza del ejército juarista. Le fué confirmada la fatal nueva.

—General, le dijo entonces el ministro de Prusia, en nombre de mi soberano, en nombre de la familia de vuestra víctima, en nombre mio, os suplico que me entreguéis al menos mañana, despues del suplicio, los restos del emperador.

—Esto me es imposible, respondió Escobedo.

El Sr. Magnus rogó, insistió, se enteró de las condiciones que se podian exigir por ese "favor."

—Solo una . . . que Maximiliano me lo pida por medio de una carta.

—¡Esto es una infamia! exclamó indignado el ministro; es una abominable crueldad. ¡Cómo! ¿Quereis obligar á ese hombre, á ese agonizante, á ese condenado á rogarnos que me entreguéis su cadáver, cuando tal vez hoy le queda aún un rayo de esperanza en la generosidad del presidente? (1)

—Es mi última palabra.

Fuera de sí corrió el señor Magnus á la prision, á donde llegó con el semblante trastornado. Maximiliano le estrechó la mano y siguió hablando con Mejía. El señor Magnus se puso entonces á referir en voz baja la conversacion inaudita que acababa de tener con Escobedo: pero por muy bajo que hablase, el emperador oyó estas palabras: "cadáver, carta, condiciones," y quiso saber de qué se trataba. Se eludió la contestacion, pero insistiendo Maximiliano, fué preciso obedecer, y el señor Magnus refirió punto por punto el incidente que acababa de ocurrir.

—¿No es mas que eso? dijo el emperador sonriendo; es cosa muy fácil. Mejía, dadme una pluma.

S. M. escribió de su puño y con mano firme la carta á Escobedo, á quien suplicaba entregase al Sr. Magnus su cadáver para su familia. Habiendo firmado el papel, lo dobló y lo selló y lo presentó á su interlocutor ¡estupefacto!

—Mañana con esto podreis reclamarme.

. . . Y al dia siguiente, cuando el emperador, que ni aun sombrero tenia para ir al lugar del suplicio, cayó como herido de un rayo á un metro de distancia por las balas mexicanas, un médico mandado por el señor Magnus, despues de apagar el fuego que le quemaba el chaleco, estendió un paño sobre el inerte cadáver, diciendo:

—Tomo posesion de estos restos en nombre del señor Magnus, ministro de Prusia.

El general que presidia la ejecucion hizo seña de que consentia en ello; pero acercándose vivamente un coronel, le dirigió algunas palabras y el general retiró lo dicho. El cadáver fué llevado á la ciudad, y á pesar de la carta del emperador, á pesar de su promesa terminante, Escobedo rehusó entregarlo.

Por mas que se haya escrito y publicado lo contrario, el señor Magnus nunca de afirmar del modo mas positivo que el emperador quedó muerto en el

(1) Para comprender bien las palabras del señor Magnus, conviene recordar que la antevíspera el emperador y sus dos compañeros de cautiverio, fueron sacados de la prision para ser fusilados, y que despues de un paseo de algunos pasos, se les hizo volver diciéndoles que habia sido prorogado el término.

acto, que no padeció, y que todas las balas se encontraron en su cuerpo.

Antes de su muerte, Maximiliano escribió á Juarez una carta muy noble y conmovedora, y firmó dos ejemplares de ella. Mandó uno á su destino y confió el otro al señor Magnus, para que fuese entregado al emperador de Austria. El portador encargado por el ministro de Prusia para llevar á Europa ese importante documento, desapareció sin que se sepa cómo. En cuanto al presidente, muy buen cuidado ha tenido de no publicar aquel documento. —D. G. d'Auvergne."

"Un mé'ico de Maximiliano ha publicado en Alemania una obra que no ha podido penetrar en Francia. La misma *Gazette* dice que no cree poder honrar mejor la memoria del príncipe fusilado en los fosos de Querétaro, que publicando el siguiente trozo tomado de dicha obra:

"A las ocho el emperador se acostó y yo permanecí solo con él en su cuarto. Hacia las nueve apareció otra vez Palacios con orden de informar al emperador de parte de Escobedo, que sus deseos referentes á sus despojos mortales, serian exactamente ejecutados. El emperador leyó todavía, durante una hora, la Imitación de Jesucristo por Thomas Kempis. Hacia las diez se apagó su bujía. A las once y media el emperador acababa de dormirse, cuando oí que algunas personas penetraban en el cuarto. Yo me levanté alebrestado. Era el doctor Rivadeneira, que me dijo que el general Escobedo estaba allí y deseaba hablar al emperador. El ruido despertó á S. M., quien volvió á encender su bujía. Escobedo entró, y yo me retiré con Rivadeneira. Despues de algunos momentos salió el general, y yo regresé cerca del emperador, el cual me dijo: *Escobedo ha venido á despedirse de mí. Qué lástima! dormia yo tan bien!* Algunos instantes despues S. M. apagó otra vez su bujía, y al cabo de una hora, que fué para mí una eternidad, me apercibí por su respiracion tranquila é igual, de que el emperador dormia. Se despertó á las tres y media, y yo llamé inmediatamente al criado que dormia en un cuarto que daba sobre el corredor. A las cuatro vino el confesor. A las cinco asistió el emperador á la misa en compañía de los dos generales prisioneros, y á las seis menos cuarto se desayunó con café, gallina, pan y vino. Me entró, por segunda vez, su anillo matrimonial que yo le habia devuelto el dia 16, cuando se aplazó su ejecucion. Me repitió sus órdenes y su despedida de sus amigos; puso en la bolsa de su chaleco un escapulario que su confesor le habia dado. "*Llevaréis esto á mi madre.*" Esta es la última orden que el emperador me dió. A las seis y media llegó el coronel Palacios. La última luz de esperanza desapareció en este momento. El emperador se adelantó entre los soldados que formaban la escolta. Yo le acompañé hasta la escalera, en donde me estrechó de nuevo la mano con una lijera inclinacion de cabeza y una sonrisa amistosa. Yo traté de seguirlo, pero las fuerzas me abandonaron. No me fué posible hacerlo. Media hora despues fui sacudido de mi torpeza con el sonido de las campanas. Lo inaudito se habia verificado. Hacia las ocho volvió el coronel Palacios, profundamente conmovido y turbado, que me dijo con voz alterada y tomándose de la mano. *Era una alma grande.*"

D. Pedro Pruneda acaba de publicar en Madrid un tomo que llama "His-

toria de la guerra de México, desde 1861 á 1867." Hé aquí como refiere en esa obra los últimos momentos del Archiduque:

"Durante el curso de los debates se propuso á Maximiliano ó á sus abogados la siguiente cuestion: ¿Quèreis asumir toda la responsabilidad de las luchas que han tenido lugar en este país despues de la salida de las tropas francesas? El Emperador respondió: "No, Juárez es el responsable de todo. Despues de la salida de los franceses, le envié un mensajero, y le propuse dar una amnistía general y perdon completo para todos los que están identificados conmigo en la causa imperial. Juárez lo rehusó, y no tenia otro medio que esperar y hacer todos los esfuerzos posibles para proteger á gran parte del pueblo mexicano."

Marchó á la muerte con la serenidad de quien cree que cumple con un fatal destino. Lloró por muerte á la princesa Carlota unos cuantos dias antes; é insensible despues á su propio infortunio, lo fué tambien para impresiones que antes lo hubieran conmovido. La muerte de la princesa, tal vez la creyó y dió por cierta. Despertó en su corazón el sentimiento de un inmenso bien perdido, y regó con llanto una memoria santa y triste en todas las vicisitudes de la vida. Era los últimos dias de su existencia, y la noticia de esa muerte, que nadie sabe quien esparció, produjo en su espíritu, herido por la pérdida de una mujer á quien tributó un culto de respeto y afecto, una reaccion de cierta indiferencia ó filosófica resignacion. Dijo, así lo aseguraron sus defensores, que la mano de Dios le mandaba un lenitivo en su desgracia; que la muerte de la princesa Carlota le daba mas valor para despedirse del mundo.

Poco antes de la ejecucion, la señora de Mejía corria delirante por las calles de Querétaro, llevando en sus brazos á un recién nacido. La princesa de Salm Salm, segun se dijo, habia intentado la evasion del Emperador; pero el secreto fué revelado por un oficial mexicano, que en diamantes de la princesa, recibió 125,000 francos para que proporcionará la fuga del Emperador. Descubierta este complot, la princesa de Salm Salm y todo su séquito recibieron al instante la orden de abandonar á Querétaro.

Cuando se notificó la sentencia á los tres presos, no manifestaron ningun género de sorpresa, pues no habia sido posible ocultarles por mucho tiempo la suerte de sus compañeros, y Maximiliano se limitó á pedir que se les dejara permanecer juntos hasta su última hora, lo que les fué concedido. Los tres fueron trasladados á un antiguo convento que habia servido de hospital á las tropas francesas, ocupando una espaciosa pieza del piso bajo con ventanas que dan al jardin. El oficial que mandaba el peloton que debia acompañarlos al lugar de la ejecucion, pidió perdon á Maximiliano diciéndole que no aprobaba la sentencia: "Pero soy soldado, añadió, y debo obedecer las órdenes que he recibido." Y cuentan que Maximiliano respondió: "Un soldado debe obedecer siempre á su consigna. Agradezco de todo corazón vuestros excelentes sentimientos, pero exijo que cumplais las órdenes que os han dado."

Solo se dejó entrar al abate Fischer, secretario y confesor de Maximiliano. Algo mas tarde, el obispo de Querétaro se presentó ofreciendo sus auxilios espirituales, que fueron aceptados por los prisioneros. Pasaron la noche conversando en voz baja, y se confesaron. Miramon sufría mucho de resultas de

su herida; Mejía se durmió profundamente. Maximiliano pidió papel y pluma, lo que tardó algo en encontrarse á causa de lo avanzado de la noche. A las cuatro de la mañana Maximiliano quiso oír misa, que fué dicha por el obispo, para lo cual despertaron á Mejía; y parece que despues de la misa, el príncipe permaneció largo tiempo arrodillado sobre el suelo, con la frente apoyada entre las manos. Ignórase si lloraba ó si rezaba.

Miramon estaba pálido y abatido. Mejía sumamente altivo, pues es preciso no olvidar que era indio, y que decia era una gloria para él morir con su soberano. A las siete se oyó la música del cortejo fúnebre, y el capitán Gonzalez entró en la capilla con las banderas. Miramon se dejó tapar los ojos sin hacer ningun movimiento; Mejía se resistió, é intentando el capitán vencer su resistencia, el obispo dijo algunas palabras por lo bajo al general, que se sometió tranquilamente.

El Emperador, adelantándose, manifestó que en manera alguna consentiria que le tapasen los ojos. Despues de un momento de indecision, el capitán Gonzalez saludó al Emperador y se puso á la cabeza de la escolta.

Abria la marcha un escuadron de lanceros; seguia una música tocando una marcha fúnebre, y un batallon de infantería á cuatro en fondo. Al llegar el cortejo frente á la puerta principal del hospital, Mejía dijo en alta voz: Señor, dadnos una vez mas el ejemplo, mostrándonos vuestro valor, pues seguimos los pasos de V. M." En este momento pasaban los franciscanos: los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demas velas encendidas. Seguian los tres ataúdes llevados por doce indios, y últimamente las cruces de ejecucion y los banquillos. Entonces el capitán Gonzalez hizo señal á Maximiliano de que le siguiera, y el Emperador se adelantó valetosamente, diciendo á los dos generales: "Vamos á la libertad." La procesion marchó lentamente por la calle del Cementerio, pasando por detrás de la iglesia y por el camino del acueducto.

Iba primero el Emperador, llevando á su derecha al abate Fischer, y á su izquierda al obispo; detras marchaba Miramon, á quien sostenian dos franciscanos, y Mejía entre dos presbíteros de la parroquia de Santa Cruz. Cuando llegaron á lo alto de la colina, Maximiliano miró fijamente al sol, y sacando su reloj tocó un resorte que ocultaba el retrato en miniatura de la Emperatriz Carlota, beóle, entregando la cadena al abate Fischer, y le dijo, "Llevad este recuerdo á mi querida esposa, y si algun dia puede comprenderos, decidla que mis ojos se cerrarán con su imagen que me llevo al cielo."

En cuanto llegaron cerca del gran muro exterior del cementerio, las campanas empezaron el toque de agonía: solo los que componian la escolta estaban presentes, pues el público habia sido alejado á gran distancia. Se colocaron las tres banquetas con las cruces de ejecucion junto al muro, y tres pelotones compuestos de cinco hombres cada uno, con dos sargentos de reserva para el tiro de gracia, se acercaron á tres pasos de los condenados.

A cada uno de los soldados encargados de disparar, dió el archiduque un Maximiliano de oro, moneda de veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio y dijo con voz sonora: "Voy á morir por una causa santa, de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!"

El Emperador, al ver mover los fusiles, creyó que iban á hacer fuego, y acercándose á sus compañeros los abrazó con efusion. Miramon, sorprendido, cayó sobre la banqueta; pero Mejía devolvió á Maximiliano su abrazo, pronunciando palabras que nadie pudo oír, y despues cruzó los brazos sobre el pecho, sin quererse sentar. El obispo, acercándose á Maximiliano, le dijo: "¡Señor! dé V. M. en mi persona á México entero el ósculo de reconciliacion; perdónelo todo V. M. en este instante supremo."

Agitado interiormente el príncipe por una emociion visible, se dejó abrazar sin decir una palabra, y despues levantando la voz, dijo con gran firmeza: "Decid á López que le perdono su traicion; á México entero que le perdono su crimen." Despues Maximiliano estrecho las manos del abate, que no pudiendo hablar, cayó á sus piés derramando abundantes lágrimas. Mucha gente lloraba; Maximiliano se desprendió dulcemente de las manos del obispo, y dando un paso, dijo sonriendo al oficial que mandaba la escolta: "A la disposicion de vd." A una señal del oficial la escolta apuntó; y murmurando algunas palabras en alemán, Maximiliano cayó envuelto en una nube de humo.

Tal fué el trágico fin de este príncipe desventurado, en la plenitud de la vida, puesto que aun no habia cumplido 35 años. El archiduque Fernando Maximiliano de Austria, por sus dotes de ingenio y de valor, era ciertamente digno de mejor suerte; honrado, leal, instruido, caballeroso, valiente, conocedor de las necesidades de la época actual; dotado de un vivo sentimiento de justicia; compasivo y afable con los pobres y desvalidos, en otro tiempo, ó en diversas condiciones y bajo mejores auspicios, hubiera sido un excelente monarca, aun supuesta su conocida debilidad de carácter, que no contribuyó poco á su triste destino. Fué fusilado el 19 de Junio de 1867.

Maximiliano, heredero de un nombre ilustre, pariente de casi todos los soberanos de Europa, quiso ser en el Nuevo Mundo la personificacion mista del Imperio y de la democracia. Descendiente de cien reyes que han gobernado las naciones europeas, solo en el secreto impenetrable del destino pudo estar escrito que seria el restaurador del imperio en México. Restauracion peligrosa, aunque fuera hija de un espíritu que conocia el progreso del siglo, y se tratara de un pueblo dócil y bueno que repugna los espectáculos de sangre; restauracion imposible, aunque la dinastía de Carlos V. tomara en sus manos la bandera de igualdad y libertad.

Más sobre los funerales.

"La escuadra que acompañaba al cadáver de Maximiliano entró en la rada de Pola antes de lo que se esperaba. A una señal de la fragata almirante, salió del puerto una lancha y fué á amarrarse al costado de la "Novara;" doce marineros izaron sobre el puente una caja larga y pesada. Era el féretro enviado á petición de Tegethoff por la familia imperial de Austria, féretro dorado, cincelado, grabado y de metal inoxidable, destinado á reemplazar la caja mexicana llegada de Querétaro.

Dos razones habia para cambiar así por última vez el lecho tenebro del archiduque: primero, el mal estado del ataúd en que se habia traído, y despues el temor de esponer esos restos desfigurados á los ojos de la archidu-

quesa Sofia, que no hubiera dejado de querer dirigir una mirada á su desgraciado hijo. Para evitar un accidente posible y una escena seguramente desgarradora, se descaba sellar en Pola, antes de desembarcarlo en Trieste, el féretro de cobre.

Cuando se quiso practicar el cambio, notóse con estupor que el féretro imperial enviado de Viena era muy pequeño. Fué menester renunciar á hacer uso de él, y por una suprema fatalidad, el emperador Maximiliano, fusilado en México y vuelto á traer entre los suyos, ni aun encontró un ataúd para su talla. ¡Tuvo que permanecer en la caja de sus enemigos!

A la misma hora y en el mismo dia se anunciaba á la emperatriz Carlota que su marido habia sido muerto á la cabeza de su ejército en una gran batalla dada á los juaristas.

El cadáver no fué embalsamado como se ha dicho, sino desecado, momificado, y suena al contacto del dedo. Lo que hace que su aspecto general sea particularmente repugnante, es la contraccion de los labios, que deja salir los dientes muy largos. La fotografía hecha en Querétaro no deja ilusion alguna sobre esto.

Los funerales han sido descritos en otras partes y es escusado repetir los detalles; se han celebrado dos ocasiones. La parte mas solemne y pomposa fué la recepcion de los restos mortales en Trieste; la mas conmovedora ha sido la entrada en Viena, por la noche á la luz de las antorchas. La poblacion entera estaba allí, silenciosa, recojida, llena de emociion, esperando al que ella llamaba "el pobre Max," para darle por última vez las buenas noches.

"Cuando recuerdo las entradas triunfales en México, bajo lluvias de flores, me decia uno de sus antiguos consejeros, cuando pienso en las ovaciones entusiastas de los mexicanos, que tantas veces presencié, y veo esta triste ceremonia, me creo juguete de un sueño: ¡qué caída y qué fin!"

En el momento de esa dolorosa manifestacion de los habitantes de Viena, enterada la archiduquesa Sofia de la llegada del cadáver de su hijo, despidió á todos los que estaban á su lado y se encerró en sus habitaciones. Allí, apoyada en la ventana del palacio que daba vista al tránsito del acompañamiento, entreabriendo la cortina, presencié el desfile. El dolor de la madre fué tan agudo, que ésta no pudo derramar ni una lágrima. ¿No es este episodio el verdadero epílogo del drama?

Cuando el baron Magnus, el honorable ministro de Prusia que asistió al emperador hasta su último momento, volvió á Europa, se trasladó inmediatamente á Viena para entregar á Francisco José lo que habia podido recojer de los objetos que su hermano habia dejado, y despues de una larga audiencia iba á retirarse, cuando S. M. le recomendó que hiciese una visita á la archiduquesa Sofia.

—Hay detalles que debo callar, dijo el Sr. Magnus; serian demasiado crueles para el corazón de una madre.

—No trateis de ocultarle nada, le respondió el emperador de Austria: mi madre ha leído cuanto se ha escrito en todas partes sobre su hijo; ella quiere oír y saberlo todo: nada olvideis; ella está llena de valor.

Se habia tenido el buen gusto de no poner sobre el féretro insignia alguna, ninguna condecoracion: coronas de laurel de Miramar y nada mas.

De intento se omitió una parte del ceremonial, porque el ataud estaba sellado por los motivos ya espresados.

La capilla que sirve de sepultura á la familia imperial de los Hapsburgo, está confiada á la custodia de una órden monástica que vive de limosnas públicas; el superior concurre á los funerales, y cuando el cadáver está suspendido con cuerdas sobre la cripta, antes de bajarlo se pregunta al religioso, descubriendo el rostro del difunto.

—¿Reconoceis estos restos mortales por ser los de...? (sigue el nombre y las cualidades de la Alteza á quien se sepulta).

El superior se acerca, se inclina y responde:

—“Lo reconozco y acepto su custodia.”

Después la tapa corre por la muesca de metal y el ilustre difunto va á ocupar su lugar al lado de sus abuelos.

Esto es lo que se ha pasado en silencio.

Se ha hecho esta observacion demasiado curiosa: La última prision de Maximiliano en Querétaro fué el convento de Capuchinas, y su último asilo al lado de los suyos, en Viena, lleva el mismo nombre.

Los jóvenes archiduques lloraban silenciosamente durante el servicio fúnebre; pálido y sôsegado, el emperador dominaba su emocion. Solo el anciano archiduque, padre de Maximiliano, desgarraba el alma con su inmensa desesperacion.

La viuda de Miramon asistió á las exequias con sus tres hijos. Dicen que la desgraciada señora es digna de lástima: carece de bienes de fortuna, y el emperador de Austria debe asignarle una pension. Y López está hoy muy tranquilamente establecido en México; ha llegado á ser un personaje y goza de los beneficios de Juárez. Men s afortunado que él, el presidente del consejo de guerra que condenó á muerte al emperador, acaba de ser asesinado.

Es costumbre en México plantar una cruz de madera negra en todos los sitios donde se ha cometido un crimen ó ejecutado á alguien. Se comprende que debe haber muchas en toda la estension del territorio. Después de la muerte de Maximiliano, los indios plantaron inmediatamente la cruz tradicional; pero en el mismo dia fué cortada en pedazos y desmenuzada para hacer reliquias. Se colocó otra y después una tercera, y así han consumido mas de diez las tribus vecinas y la poblacion de Querétaro.

Las Reliquias del Archiduque.

“Las reliquias del emperador Maximiliano, llevadas á Viena por el Dr. Basch, han sido distribuidas entre diferentes personas ligadas con el difunto emperador por vínculos de parentesco ó de afecto. El emperador de Austria ha recibido la Cruz de caballero de la Orden mexicana del Águila, fundada por Maximiliano, como tambien una medalla de oro con la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya cruz y cuya medalla fueron usadas por el emperador. S. M. la emperatriz ha recibido como recuerdo un abanico; la reina Carolina-Augusta un pequeño rosario; la gran duquesa Sofia dos anillos y el escapulario atravesado por una bala, como tambien un retrato bor-

gado que las señoras de Querétaro regalaron al emperador cuando entró en aquella ciudad. El archiduque Francisco Carlos ha recibido el rosario que el emperador tenia en sus últimos momentos; el archiduque Carlos Luis el anillo grabado de Maximiliano que le servia de sello; el archiduque Luis Victor una medalla de plata con la imágen de la Virgen. La reina de Inglaterra ha recibido un medallon con un bucle de cabellos de la emperatriz Carlota; el rey de los belgas la Cruz de caballero de la Orden de Guadalupe, que llevaba el emperador durante el sitio de Querétaro; el conde de Flandes el reloj y la cadena de Maximiliano. La princesa María Awersperg, que fué dama de honor de la emperatriz Carlota, ha recibido un abanico de hojas de palma; el conde Hadik de Futak, gran chambelan de Maximiliano cuando era archiduque, un par de botones de camisa: el marques Corio unas espuelas de oro; el capitán de navío Radouch un espejito de mano que usaba el emperador; el Dr. Zellej, médico en jefe de la casa imperial, la Historia de Italia de César Cantú, con una suscripcion autógrafa del emperador, y un bastón.

“El Dr. Basch ha entregado al gran chambelan el sombrero que llevaba Maximiliano durante su cautiverio de Querétaro, y el cual está destinado por la voluntad del emperador al Museo de Miramar.”

La ley de 3 de Octubre.

Probado como está en la defensa que del archiduque hicieron en Querétaro cuatro abogados nada sospechosos para el partido liberal, que esa ley dictada *ad terrorem* fué obra del mariscal Bazaine, quien precisó al archiduque para que la firmara con la falsedad de que el Sr. Juárez habia abandonado el país, la siguiente carta dirigida al mismo mariscal viene á ser un documento de bastante importancia:

“Hacienda de Zoquiapan, 21 de Octubre de 1866, por la noche.

“Mi querido mariscal!

“Mañana me propongo remitiros los documentos necesarios para poner término á la violenta situacion en que se encuentra, no solamente mi persona, sino tambien todo México. Estos documentos deberán permanecer reservados hasta el dia en que yo os lo indique por el telégrafo.

“Tres cosas me preocupan, y quiero de una vez desprenderme de la responsabilidad que tenga por ellas.

“La primera es: que cesen las cortes marciales de intervenir en los delitos políticos.

“La segunda: que quede de hecho revocada la ley de 3 de Octubre.

“La tercera: que por ningun motivo haya persecuciones políticas, y que cesen toda clase de hostilidades.

“Deseo que llameis á los ministros Lares, Marin y Tabera, á fin de concertar las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos, sin necesidad de que se trasluzcan mis intenciones espresadas en el primer párrafo.

“No dudo que agregareis esta nueva prueba de verdadera amistad, á las muchas que ya me habeis dado; y por ello os anticipo sentimientos de gratitud, renovándoos las seguridades de consideracion y de amistad con que soy vuestro afectísimo, MAXIMILIANO.”